

TURISMO Y DESARROLLO ENDÓGENO: CONDICIONANTES DE QUEHACER COMUNITARIO

María Angela Petrizzo Páez

CUHELAV - CENINTUR

Resumen:

Esta presentación presenta interrogantes en torno al modo en el cual las nociones de “turismo” y “desarrollo endógeno” ameritan ser de-construidas para operar como agentes impulsores en entornos locales de impactos positivos más allá de lo estrictamente económico.

Palabras clave:

Desarrollo endógeno, Turismo, Comunidades Organizadas, Turismo Sostenible.

“A VECES LAS PALABRAS SE POSAN SOBRE LAS COSAS[™] COMO
NOMBRÁNDOLAS”

(Angel González)

A esta altura de la vida podemos decir sin rubor que los significantes utilizados para nombrar las cosas que señalamos, no tienen garantía de asepsia política: Toda lectura, como revisita a aquello que el ser humano hace, conserva una relación de arraigo en mayor o menor medida al contexto desde el cual esa producción ocurre y llega a nuestras manos. Ese contexto es, esencialmente político. No proselitista, sino político ya que el espacio desde el cual las cosas nos vienen nombradas, encierra un conjunto de relaciones sociales, personales, profesionales, dinámicas culturales y otras que, necesariamente, involucran en mayor o menor medida, cuestiones de poder y preguntas sobre el poder.

Dicho así, es justo plantear, en primer término, algunos elementos sobre los cuales podríamos avanzar en la propuesta de que aún desde ideas tan hilvanadas como Turismo Sustentable y Desarrollo Endógeno, persisten, de modo tácito, ciertos condicionantes hacia el quehacer comunitario.

En primer lugar, el parcelamiento (segmentación) que ha operado sobre el conocimiento y sus procesos de producción no es un hecho que afecte negativamente y de modo exclusivo a la producción científica. La segmentación de los modos de producción de conocimiento han

Llegado a imbricar también de forma importante buena parte de los conceptos que manejamos al hablar de turismo y de desarrollo endógeno. Por no decir que prácticas que debieran ser habituales, como el común reconocimiento del otro y sus saberes, generalmente quedan pospuestas ante la eminencia adjudicada a cualquier persona en virtud de poseer un título de educación superior.

Entendiendo el desarrollo endógeno como el modo en el cual colectivos organizados y territorialmente identificables, conjugan capacidades, potencialidades y vocaciones comunes en torno a decisiones locales, podemos ver sin mucho esfuerzo, que separar la idea de lo que se es como colectivo, del conocimiento popular, garante de acceso abierto y libre a todo un bagaje histórico, etnográfico y de prácticas comunes es, quizás, la mejor forma en que un colectivo puede llegar a tener poco o nulo conocimiento sobre sus propias capacidades y potencialidades. Es importante recordar que si hay una ruptura entre las comunidades y su conocimiento sobre lo que son, difícilmente podrá avanzarse en un pensamiento colectivo sobre lo que pueden llegar a ser.

El desprecio por el conocimiento de origen popular es mucho más frecuente en zonas urbanas, pues, entre otras cosas, allí pareciera prevalecer una idea progresista del desarrollo, sustentada en la búsqueda de riqueza, uso instrumental de saberes y artefactos, y la adquisición y uso casi irreflexivo de tecnología. En esos contextos, el deslinde de lo comunitario, lo del pueblo, resulta casi necesario.

Sobre el paradigma desarrollo debemos decir que, en términos políticos, ha operado un discurso que ha ido moviéndose alternativamente desde el impulso por la búsqueda del progreso, hasta la incorporación de los más desposeídos y la recuperación de daños ecológicos prácticamente irreparables por décadas en nuestro planeta.

Un resumen algo grosero de ese discurso, nos evidencia que:

1. Durante los años 70 y 80 del siglo pasado, se nos convenció, como sociedad, que el desarrollo es algo que se tenía o no se tenía (como los ojos verdes, el ser blanco, o el estar casados) y, por tanto, era necesario empeñar esfuerzos institucionales, sociales, humanos y políticos para tener eso que era (o debía ser) tan ansiado y que no teníamos como sociedad. El logro de esta meta, para nuestro país, tenía una vía: el extractivismo. El argumento era muy simple: como países bendecidos en recursos naturales, minerales y energéticos, deberíamos ponerlos al servicio de otras naciones para lograr nuestro desarrollo a través de un incremento notable en ingresos monetarios por la vía de la venta de esos recursos extraídos. Y nos convencieron. Como pueblos desarticulados, no politizados, no sensibilizados hacia la sustentabilidad, no opusimos resistencia a la idea de extraer todo cuanto teníamos para entregarlo a otros, que harían productos con ello y nos lo venderían nuevamente. Era un callejón sin salida, pero como sociedad, como pueblos, no lo vimos. “Subdesarrollados” nos llamaron entonces, y nos insistieron en la receta necesaria para llegar a cambiar de esa condición menor, inferior y negativa, a otra mejor (*el desarrollo*). Ese camino supuso empeñar nuestros recursos y convertirnos en

consumidores habituales de cantidades enormes de productos que podíamos producir, pero que no producíamos. Ese modelo de desarrollo que se nos vendía como alcanzable, nos dejaba por fuera, pues era el único modo de lograr que se mantuviera para los países que ya eran “desarrollados”. Es decir, aunque tomáramos un marcador y pintáramos en nuestros párpados cerrados un ojo de color verde, siempre al abrirlos, seguirían siendo café.

2. Por otro lado, las nociones de Desarrollo Sustentable (prácticas socioproductivas que puedan mantenerse en el tiempo) y Sostenible (prácticas socioproductivas que puedan reproducirse sin atentar contra la supervivencia futura), además de ser inspiradoras de prácticas sociales y políticas, también han sido utilizadas de modo vinculante para decidir sobre políticas comerciales entre varios países. Por ejemplo, tras el cuestionamiento sobre mercadeo de productos de origen animal y/o vegetal en función del uso de químicos o maltrato animal, se esconde una argumentación que poco tributa al beneficio de los animales, plantas o comunidades involucradas y mucho a la satisfacción de intereses comerciales externos. Este paradigma es evidente, por ejemplo, en el caso de venta comercial de semillas mejoradas.

Revisar lo que ha ocurrido con la idea de desarrollo como progreso, como propósito, y lo que ha implicado para los países de la periferia, es decir para nosotros mismos, nos lleva necesariamente a examinarnos en ese devenir histórico que nos hizo colaboradores activos para el desarrollo de otros, generando profundas desigualdades sociales y económicas que tienen, a su vez, repercusión en decisiones políticas, educativas y socioproductivas.

Una idea sobre el desarrollo endógeno que lo dibuje como algo inherentemente sustentable, evidentemente sostenible y genuinamente garante de la generación de diversos tipos de riqueza para todas/-os resulta más acorde a la necesidad de comprender cuáles dinámicas socioproductivas deben definirse en torno a cada uno de los sectores que accionan en el territorio.

No menos compleja es la configuración de una idea sobre la actividad turística que se difunde de modo frecuente y aceptada sin apenas reflexión:

1. Es necesario impulsar la actividad turística porque beneficia a todos.
2. La actividad turística es muy importante y es endógena,
3. El ecoturismo es, de por sí, turismo sostenible,

Cada una de esas afirmaciones la hemos escuchado en varias ocasiones. Sin embargo hay algunos elementos que resultan de necesaria aclaratoria.

1. En términos generales, la mayor proporción de ingresos de la actividad turística parece recibirla de modo directo el/la prestador/-a del servicio y, en una proporción sensiblemente menor el personal encargado de dispensar el servicio. Es importante acotar que esto parece ser una consecuencia directa de prácticas organizacionales y

- empresariales abusivas y poco conscientes con la necesidad de explorar beneficios locales más allá de los económicos directamente vinculados a la actividad.
2. En términos generales también, el turismo como actividad productiva es sumamente susceptible a verse expuesta y afectada por intereses externos que pueden determinar de modo claro su repercusión en la comunidad. De este modo, que la actividad turística repercuta de forma directa y positiva en una comunidad, dependerá del control que ésta ejerza sobre aquella.
 3. Muchas instalaciones ecoturísticas no suponen, en si mismas, actividades de turismo sostenible, a menos que haya un claro control de todos los eslabones de tareas y actividades que inciden en la participación de los individuos en dichas actividades. En otras palabras: aunque un hotel o posada esté enclavado en un entorno natural, maneje criterios básicos de reciclaje y reutilización, haya previsto algunas consideraciones básicas de respeto al entorno en su construcción, no supone una actividad sostenible per se, a menos que también garantice que el traslado de los usuarios de esos servicios también se hará conforme a respeto y preservación del medioambiente, o que los/-as trabajadores/-as vinculados/-as a dicha actividad cuenten con una vinculación respetada y repetitiva con dicha actividad y, además, se revierta en el entorno los beneficios directos de dicha actividad, entre otras cosas. El ecoturismo es entendido como una forma de turismo alternativo y, por tanto, una estrategia en el marco de la sostenibilidad de esta actividad socioproductiva. Esa sostenibilidad no puede lograrse por otra vía distinta a la de involucrar de modo activo a los/-as actores/-as involucrados/-as en todo el proceso de toma de decisiones y generación de riquezas y nuevas dinámicas socioproductivas en el entorno donde esa actividad se realiza.

Lo que hemos asumido hasta aquí, es que de cómo sean definidas las cosas, dependerá el modo en que éstas acabarán configurándose como discurso y argumentaciones colectivas, y que de estos argumentos y discursos colectivos, se vierten también elementos que inciden de modo claro en la forma en que se articulan las decisiones por parte del colectivo.

En este contexto, lo que nombramos como quehacer comunitario, que no es más que el conjunto de dinámicas culturales, valores, intercambios sociales y productivos, prácticas colectivas y otras formas de auto-reconocimiento común de pertenecer a una unidad territorial, geográficamente definida y conocida y culturalmente arraigada, no escapa de esta influencia. Por lo tanto, resultan notables un grupo de condicionantes sobre el quehacer comunitario que se derivan de modo directo de la comprensión que en el colectivo se tenga sobre, por ejemplo, desarrollo y turismo.

Venimos a decir que la despolitización, la desmovilización, la desarticulación de las comunidades, pero también el pensamiento colectivo colonizado favorecido por una falta de (re)conocimiento de lo propio, la ausencia de prácticas comunes y la acción irreflexiva sobre y frente al poder inciden de modo determinante en la falta generalizada de auto-información colectiva.

En el contexto del turismo como actividad socioproductiva, es evidente que, desde el punto de vista institucional la visión del Estado es hacia su ejercicio de modo coresponsable y su vinculación como elemento clave en el engranaje de la reflexión colectiva sobre las

actividades socioproductivas que puedan generarse en los entornos organizados, diversificando la generación de riqueza local y facilitando el control local de decisiones y resultados.

Aunque suene muy tecnocrático, lo que nos indica el basamento institucional y legal vigentes, así como la planificación nacional, es la necesidad de reflexionar sobre no sólo las posibilidades que el turismo abre para generar otras fuentes de riqueza y beneficios locales distintas a la estrictamente económica, sino también a la necesidad de comprender el entorno local como fuente directa de actividades primariamente relacionadas con el turismo o tareas y servicios de soporte a éste.

Lo que logra, en definitiva, un beneficio colectivo del turismo como actividad económica, es la generación de una cultura de corresponsabilidad que se propague a distintos espacios: medioambiental, comunitario, tributario, educativo, cultural y de diversificación productiva.

Lecturas y referencias.

Guerrero, C. (2006) Súbditos ciudadanos. Antinomias en la ilustración de la América Andina. Caracas: CELARG

Harnecker, M. (2008) Gobiernos comunitarios. Municipio Libertador, Estado Carabobo Venezuela. Caracas: Monte Ávila Colecciónn Haciendo Camino al Andar.

Morin, E. (2002) Introducción a una política del hombre. España: GEDISA

Ochoa, A. Ed. (2006) Aprendiendo en torno al Desarrollo Endógeno. Mérida: CDCHT